

CONTRA EL PACIFISMO NUCLEAR

Después de haberme dedicado al estudio de la obra de Marx durante más de cinco décadas, he llegado a la firme convicción de que el autor del *“Manifiesto Comunista”* y del *“Capital”* fue el único pensador del siglo XIX que entendió y formuló el dilema al que la humanidad debía enfrentarse durante el siglo siguiente: o, sobrevivir realizando “la idea comunista” o, desaparecer por no haber sabido poner fin a la dominación del capital y del Estado.

La segunda parte de esta alternativa no implicaba de manera particular, ni en Marx ni en Engels, este último experto en estrategia, la guerra entre Estados como factor importante en vistas a un cataclismo destructor europeo. No obstante, cuando fue invitado a pronunciar una charla ante un auditorio de obreros reunidos en una asamblea cartista, Marx escogió como tema un asunto que nunca había abordado con tanta intensidad ya que profirió un juicio global referente al destino de la humanidad en un momento histórico en el que se tenía por cierto un declive de la civilización y la existencia de una barbarie que contrastaba con las conquistas en los terrenos científico y tecnológico.

Esta conferencia se sitúa en abril de 1856, dos semanas después de la firma de la paz de París que puso fin a la guerra de Crimea. Tanto Marx como Engels habían puesto de relieve y comentado abundantemente el desarrollo de las campañas de esta “guerra molesta”, no sin sentir que no hubiera terminado con la caída del régimen zarista. En contra de Palmerston y del “partido de la paz” de Inglaterra, habían criticado las operaciones estratégicas franco-inglesas: “Perpetuar las carnicerías en Crimea o sólo la derrota, y no la victoria podría conducir a la decisión” (Marx, *Neue Oder-Zeitung*, 27 de julio 1855). Por lo que respecta al “general” Engels, publicó quince artículos entre agosto y diciembre de 1855 sobre *“Los ejércitos de Europa” para contestar entre otras cosas a la pregunta “¿Que pueblo posee los mejores soldados?”* (en *Putnam’s Monthly, A Magazine of Literature, Science and Art*). Pretendía abordar la historia militar como una ciencia “en la que el único y soberano criterio fuera la correcta apreciación de los hechos”.

Siendo Marx un apasionado de la historia no ahorró esfuerzos para buscar los motivos que llevaron a adoptar una actitud servil con respecto a la “bárbara Rusia” (*New York Daily Tribune*, 12 de enero de 1856). Estos acentos de rusofobia se encuentran ampliamente representados en un trabajo de recopilación diplomática que Marx consideró exclusivamente como introducción a una obra sistemática. *Las Revelaciones de la historia diplomática del siglo XVIII* conocieron durante el imperio del “socialismo realmente existente” el destino de una censura que, por él mismo, confirma la naturaleza mítica de lo que la ideología liberal se atreve a calificar como “comunismo soviético”.

Todavía bajo la influencia del tratado de París que puso fin a la “vergonzosa guerra” de las potencias occidentales (Austria, Gran Bretaña, Francia, Prusia, Cerdeña y Turquía) contra la Rusia zarista sospechosa de intrigar para hacerse con la herencia del “hombre enfermo”, el imperio otomano, Marx quiso situar el tema de actualidad comentado por la prensa a un plano más general, en el nivel de una concepción global del desarrollo histórico. Los horrores de las operaciones militares fueron narrados por los corresponsales de los periódicos británicos hasta el punto de provocar la reflexión filosófica sobre el tema general del progreso. Debido a que no podía librarse de las dudas sobre sus propias convicciones revolucionarias, precisó ofrecer a un auditorio de obreros fieles a los principios de la Carta las razones para la lucha, aunque fuera consciente de los fracasos sufridos después de 1848 y de los bárbaros acontecimientos acaecidos durante la crisis de Oriente.

Tratándose de un discurso con carácter de profesión de fe en el que el orador parece querer desvelar los motivos profundos de su propio combate guardándose muy bien de invocar los argumentos de cualquier ideología política, es importante retomar la totalidad del texto tal como lo reprodujo el *People’s Paper*, órgano del movimiento cartista que por aquellas fechas celebraba el cuarto aniversario de su aparición:

“Las revoluciones llamadas de 1848 no han sido otra cosa que episodios mezquinos – que sólo han provocado pequeños rasguños en la dura corteza de la sociedad europea. Sin embargo revelaban la existencia de un abismo. Descubrían que debajo de una apariencia sólida había océanos de masa líquida que hubiera bastado liberar para hacer saltar en añicos los continentes de roca dura. Proclamaban de manera bulliciosa y confusa la emancipación del proletariado, o sea lo que fue el secreto del S. XIX y la revolución de éste siglo.

“Esta revolución social no era realmente una novedad inventada en 1848. El vapor, la electricidad y el telar representaban revoluciones de una naturaleza mucho más peligrosa que los mismísimos ciudadanos

Barbés, Raspail y Blanqui. Sin embargo, aunque la atmósfera bajo la que vivimos nos haga soportar sobre la cabeza de cada uno de nosotros un peso de 20.000 libras, ¿tenemos realmente la impresión de esta carga? De igual manera la sociedad europea de antes de 1848 sentía la atmósfera revolucionaria que la rodeaba y acosaba por todas partes.

“Hay un hecho estelar que caracteriza nuestro siglo XIX, un hecho que ningún partido se atreve a negar. Por un lado las fuerzas industriales y científicas han emergido con una fuerza impensable en cualquier etapa anterior de la historia humana. Por otro lado, aparecen síntomas de decadencia que van más allá de los horrores que nos narran los anales de los últimos tiempos del Imperio Romano.

“En nuestros días parece que cada cosa provoque su contrario. Podemos observar que las máquinas dotadas del maravilloso poder de disminuir y de rentabilizar el trabajo humano hacen que se agote hasta el fin. Las fuentes de riqueza recién descubiertas se convierten, como por arte de encantamiento, en fuentes de miseria. Podría decirse que cada nueva victoria de la ciencia se logra pagando el precio de una decadencia moral. A medida que la humanidad domina la naturaleza, parece que el hombre se convierte en esclavo de sus semejantes y de su propia ignominia. Incluso la pura luz de la ciencia no brilla lo suficiente a no ser que lo haga sobre el oscuro fondo de la ignorancia. Todos nuestros inventos y todo el progreso parecen llevarnos sólo a esto: dotar de vida espiritual a las fuerzas materiales y rebajar la vida humana a la simple condición de fuerza material. Este antagonismo entre la industria y la ciencia modernas por una parte y la miseria y decadencia por otra; este antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de nuestra época es una realidad tangible, aplastante y, que nadie puede negar. Algunos partidos pueden deplorarlo, otros pueden desear deshacerse de la técnica moderna con la finalidad de ahorrarse conflictos actuales. También pueden pensar que un progreso tan importante en el campo de la industria debe ir acompañado de una regresión igualmente importante en el terreno político. No ignoramos la maliciosa intención que invade todas estas contradicciones. Somos conscientes que para hacer un buen trabajo, las nuevas fuerzas de la sociedad precisan de hombres nuevos que las dominen - y estos son los trabajadores.

“Tienen los inventos de los tiempos modernos el mismo efecto que las máquinas. En las señales que desconciertan a la burguesía, la aristocracia y los pobres profetas de la decadencia, reconocemos a nuestro valiente amigo Robin Godfellow, el viejo topo que sabe moverse bajo tierra, el valiente pionero - la revolución. Los trabajadores ingleses son los recién nacidos de la industria moderna. Así pues no serán los últimos en acudir en ayuda de la revolución social surgida de esta industria, que representa la emancipación de su propia clase por todo el mundo y que será igual de universal que la dominación del capital y de la esclavitud asalariada. Conozco las heroicas luchas que ha llevado a cabo la clase obrera inglesa desde mediados del siglo XIX - luchas que, no por el hecho de haber sido ignoradas y disimuladas por los historiadores burgueses han dejado de ser menos gloriosas.

"En la Edad Media existía en Alemania un tribunal secreto, la Santa Vehme, que tenía como cometido la de vengar las tropelías de la clase dominante. Desde el momento en que se veía una casa marcada con una cruz roja, se sabía que su propietario había sido condenado por la "Vehme". En este momento todas las casas de Europa deberían estar marcadas con la misteriosa cruz roja. La historia es juez - el ejecutor de la sentencia es el proletariado"(Londres 18 de marzo de 1856).

Este resumen de lo que podría llamarse la Weltanschauung de Marx, o sea su concepción del destino de la humanidad en la etapa de los primeros grandes progresos de las ciencias y de sus aplicaciones técnicas, demuestra por sí solo la manera como podemos tener a este pensador como contemporáneo nuestro bajo una doble acepción del término: contemporáneo en razón de su lúcida percepción de la crisis mundial descrita en términos que parecen evocar un aspecto de nuestra situación en un mundo que lleva todas las marcas de una barbarie inaudita; contemporáneo también por el hecho de su conclusión normativa del razonamiento, con la diferencia de que el auditorio al que iba dirigido no sería hoy el mismo dado que el proletariado inglés de hoy dista mucho de lo que fue en el siglo pasado, en el momento de la crisis de Oriente.

Hagamos que hable un sabio de nuestros días para compara la concordancia entre dos espíritus en un momento en que más de siete décadas separan su visión inquieta respecto al marasmo de su tiempo:

“Los hombres han llegado en la actualidad tan lejos respecto al dominio de las fuerzas de la naturaleza que con la ayuda de éstas les es fácil exterminarse mutuamente hasta el último reducto. Lo saben y a ello se debe una gran parte de su inquietud actual, de su desgracia, del fondo de su angustia.”(Sigmund Freud. *El malestar en la cultura*).

Lo que impresiona de este análisis de Freud aparentemente cercano a la visión pesimista de Marx, es que plantea la extinción de la especie humana dentro de la perspectiva de un suicidio de género realizable por las conquistas técnicas; perspectiva tanto más plausible que Freud, abandonando el monolitismo sexual anterior, hace de la “pulsión de muerte” (Todestrieb) la tendencia irreductible de todo ser vivo a la vuelta hacia el estadio anorgánico, al igual que la expresión de la voluntad de poder y de destrucción.

Mientras, el mismo Freud, sabrá poner distancias respecto a este tipo de razonamientos abstractos, de este tipo de razonamientos que rozan la hipóstasis. Mostrándose observador sociológico de las realidades cotidianas a las que deben enfrentarse los individuos. Entendió perfectamente que cualquier Estado cultiva las virtudes guerreras y no vacila en utilizar engaños o sofismas con el fin de incitar a los ciudadanos al patriotismo ciego. “Los pueblos, escribe, se hallan más o menos representados por los Estado que constituyen; estos Estados, a su vez, se hallan representados por los gobiernos que los rigen. El ciudadano individual puede constatar en esta guerra, con estupor, lo que percibía ya en tiempos de paz, a saber, que el Estado prohíbe el uso de la injusticia a los individuos, no porque quiera abolirla, sino porque lo que quiere es monopolizarla como hace con la sal o el tabaco. El Estado beligerante se atribuye todas las injusticias, todos los actos de violencia que deshonrarían a un individuo. No es que utilice solamente las trampas autorizadas, sino que utiliza también las trampas intencionadas contra el enemigo, y lo hace sin vacilar en la medida en que parece ir más allá de las “maneras” utilizadas en guerras anteriores(...). Deja a un lado las promesas y compromisos con los que se alió con otros Estados, confiesa sin ambages su ambición y voluntad de poder que el individuo concreto deberá aprobar por motivos patrióticos (S. Freud *.Zeitgemäses über Krieg and Tod. Consideraciones actuales sobre la guerra y la muerte*).

La idea de concentrar mi reflexión sobre el problema de la guerra surgió en la época en que la opinión pública, movida por la prensa y la propaganda “anticomunista” y “antitotalitaria”, se había adaptado al nuevo lenguaje estratégico que se basaba en dos ideas centrales: por un lado “la disuasión atómica” y por otro el “equilibrio del terror”. La característica del vocablo francés respecto a la primera idea, reside y - continua siendo - en traducir traicionando el sentido que el mismo concepto expresa en inglés o alemán: *Deterrence* o *Abschreckung*. En todas estas expresiones prevalecía la visión de un único proyecto: provocar el miedo, aterrorizar como un fin en sí mismo para obtener una garantía de paz. Aparentemente no había nada de original en ello, sino más bien al contrario: por primera vez en la historia de los conflictos entre Estados, el antiguo dicho latino recuperaba todo su sentido: ¡Si quieres la paz, prepara la guerra nuclear!

Pensándolo bien, Marx, hombre de ciencia y actor político del siglo XIX, no podía ofrecer, a primera vista, motivos suficientes para satisfacer el deseo de juzgar objetivamente la estrategia del terror como responsable de la sabiduría ancestral completamente anclada en la preparación de la guerra como garantía de la paz. Pero, en realidad, Marx, ideólogo de la alienación universal bajo el imperio del Capital y del Estado, ejerce sobre la civilización burguesa un juicio moral de conjunto y designa un tipo humano como tal, sin distinción de clase, el hombre que disfruta de una existencia completamente segura debido a la posesión de riquezas materiales por un lado y, por otro, el hombre privado de lo necesario que producirá los medios de su propia servidumbre.

“La clase poseedora y la clase del proletariado representan la misma alienación humana. La primera se complace y se siente confirmada en esta alienación de sí misma, vive la alienación como su propia potencia y tiene en sí misma la apariencia de una existencia humana; la segunda se siente negada en la alienación, reconoce en ella su propia impotencia y la realidad de una existencia inhumana.

Para utilizar una misma expresión de Hegel, se halla sumida en la abyección de la revuelta contra esta abyección, revuelta a la que le lleva de manera necesaria el conflicto de su naturaleza humana con su situación en la vida que constituye la negación evidente, radical e integral de esta naturaleza.

En el centro de la antítesis, el propietario privado representa, pues, el partido conservador y el proletario el partido destructor. Este último actúa para mantener la antítesis, actúa para anularla”.

Este texto es de 1844, año en el que Marx desarrolló por primera vez una crítica de la economía política devolviendo así una vieja deuda que había contraído con Prudhon, cuyo viejo texto *¿Qué es la propiedad?* recibe el elogio de reconocer que es tan importante para la economía política como lo fue el escrito de Sieyès *¿Qué es el tercer Estado?* Respecto a la política moderna. Veinte años más tarde, escribiendo *El Capital*, Marx utiliza otra fórmula para expresar la misma idea de la alienación general, confirmación de la “ley económica del movimiento de la sociedad moderna”, ley imposible de superar o abolir mediante decreto. Marx advierte a sus lectores:

“Para evitar posibles malentendidos dejadme que diga algo. No he pintado de color de rosa al capitalista o al propietario. Aquí se trata de personas sólo en la medida en que representan la personificación de las categorías económicas, los apoyos de intereses y de relaciones de unas clases determinadas. Mi punto de vista según el cual, *el desarrollo de la formación económica* de la sociedad es asimilable al *devenir de la naturaleza y de su historia*, no puede responsabilizar de ninguna manera al individuo de las relaciones de las que lo es socialmente la criatura, independientemente de lo que se haga para deshacerse de ellas.”

Cuando hoy en día repasamos estos párrafos no podemos quedarnos indiferentes ante su valor premonitorio ya que constatan, con más precisión que en la época de Marx, un fenómeno universal asociado a hechos y acontecimientos cargados de consecuencias para el destino de la humanidad, enzarzada por dos veces en sendas guerras mundiales y reducida a la impotencia respecto a las posibilidades de un tercera catástrofe, muchísimo más sangrienta que las dos anteriores dada la

“megamuerte” que se halla preparada mediante los stocks de armas nucleares y bacteriológicas que van mucho más allá de lo conocido hasta ahora.

Y, sin embargo, esta alienación que Marx observó situándose en el terreno del antagonismo de clases se manifiesta en nuestra época bajo el aspecto de la deserción de las élites intelectuales que son igualmente víctimas del sistema político-económico dominante como lo son las masas socialmente sometidas. Dicho de otra forma, la connivencia de estos “hombres de cultura” con los poderes establecidos que aprueban la estrategia del riesgo fatal, no debe condenarse en base a principios de moralidad, sino más bien analizada y examinada bajo la luz de una enseñanza que combinara la teoría ética de la alienación desarrollada por Marx con las aportaciones de los psicólogos y psicoanalistas de nuestro tiempo.

Para este fin podemos dirigirnos hacia Erich Fromm, autor formado en la escuela de Freud pero que también ha tomado de Marx los criterios materialistas olvidados por el maestro vienés. Como epígrafe de su libro *Esperanza y Revolución (The Revolution of the Hope, 1968)* escogió una cita del *Eclesiastés (IX,4)*: “Cualquiera que se halle entre los vivos mantiene la esperanza y un perro vivo vale más que un león muerto”. Traducido al lenguaje de hoy esta cita bíblica se diría así: “Mejor rojo que muerto”, sabemos que es frente a este dilema elemental que se han situado los dos sectores ideológicos, uno prefiere la muerte antes que sufrir la esclavitud “comunista”, el otro prima ante todo la vida como condición previa a cualquier lucha para destruir la esclavitud. Después de haber inventado y lanzado la primera bomba atómica, la alternativa a lo anterior se resumiría así: “Es mejor desaparecer en una guerra nuclear que sobrevivir bajo la dominación nazi o estalinista”.

Podemos observar que la primera parte de la alternativa corresponde a las aspiraciones de personas para las que los conceptos de democracia y de libertad representan un bien absoluto según su propia definición mientras que la segunda parte representa a los pacifistas incondicionales o “integrales”. “Si una guerra nuclear no destruye antes al género humano, ¿qué sociedad y qué hombres habrá en el año 2000?”. Fromm, en vez de seguir la enseñanza de Marx, que conoce perfectamente, no razona de entrada bajo un punto de vista psiquiátrico que se confundiría con la teoría de la alienación universal. Dicho de otra manera, presenta “hombres”, seres normales, por así decir, no alienados pero que todavía piensan con los conceptos provenientes de la primera Revolución industrial” hombres que “ven el año 2000 como el momento en que se realizaran las aspiraciones que tienen desde finales de la Edad Media” Prevé la posibilidad de la existencia de un período “en la que el hombre dejaría de ser humano transformándose en máquina, sin pensamiento ni sentimientos”. Mientras que Marx, al igual que Disraeli o incluso John Stuart Mill preveían el peligro de un desarrollo incontrolado de la producción y del consumo, “nosotros” liberales y conservadores nos mantenemos ciegos, soportando los acontecimientos para no ser molestados en nuestra rutina cotidiana.

Entre los autores que nos han prevenido contra el Moloch destructor a quien se debe sacrificar la vida humana, Fromm cita a George Orwell y a Aldous Huxley, sin olvidar a algunos escritores de ciencia ficción, más perspicaces en este terreno que un buen número de psicólogos profesionales. Cita también a Lewis Mumford quien habla de la “megamáquina” en la sociedad tecnológica y de una élite dirigente distinta de la de antes. La sociedad “tecnocrática” del futuro descansa en el principio: “Si es técnicamente posible hacer una cosa, ésta debe hacerse. Si es posible fabricar armas nucleares, deben fabricarse aunque se corra el riesgo que nos destruyan a todos. Si es posible ir a la Luna o a otros planetas, debe irse aunque queden muchas necesidades insatisfechas en la Tierra”.

Fromm cita un artículo de Hasan Ozbekham, *The triumph of technology* en el que el autor escribe: “De esta manera la “facticidad” que es un concepto estratégico se promociona al rango de concepto normativo, de lo que se deduce de que todo lo que la tecnología hace posible, lleve consigo la obligación de realizarlo”. Respecto a la patología actual fijémonos en la lección que nos ofrece Fromm sobre el “pensamiento paranoide” que “se caracteriza por el hecho de poder ser completamente lógico sin que lo guíe el cuidado de la vida o la búsqueda concreta de la realidad, dicho con otras palabras, la lógica no excluye la locura”. Conferir la máxima importancia al progreso técnico nos puede llevar a opiniones que ilustran la diferencia entre lo patológico y lo normal, Fromm nos muestra un ejemplo de ello:

“Si alguien afirmara que para evitar la contaminación del aire en las ciudades debería precederse a eliminar las fábricas, los coches, los aviones, etc... nadie dudaría de su locura. Pero si con el objetivo de proteger nuestra vida, nuestra libertad, nuestra cultura o las de otras naciones que queramos proteger prevemos, como último recurso, la necesidad de una guerra nuclear, esta opinión parecería como completamente cuerda. La diferencia no reside en la manera de pensar, sino más bien en que la primera idea no es muy compartida, y por lo tanto anormal, mientras que la segunda la comparten millones de hombres y gobiernos poderosos, por lo que parece normal.”

Nos resulta difícil seguir a Fromm cuando se lanza a una reflexión abstracta sobre “el hombre” y explica la opresión que padece la inmensa mayoría a un simple deseo de obediencia “que existe incluso en el Reino animal”, al deseo de un jefe que hallamos siempre en las sociedades actuales más desarrolladas. Incluso en países como los E.E.U.U. o la Unión Soviética, las decisiones que afectan la vida o la muerte

se dejan en manos de un pequeño grupo de jefes, o incluso de un solo hombre que actúa avalado por el poder de un mandato formal de la constitución – que se autodefine "democrática" o "socialista".

Pero si algo caracteriza la situación general y universal del mundo, esta es la esclavitud material y moral de la "inmensa mayoría" (Marx) sometida a un sistema político-económico que excluye cualquier elección de este tipo. En un mundo agitado por guerras nacionales y sangrientos conflictos interétnicos, el debate sobre los cambios a realizar en los órdenes económico, social, político y cultural para proteger a la sociedad "contra la destrucción física, la deshumanización y la locura", no puede reducirse a una simple llamada a "una transformación del hombre" sino que debe cuestionar las dos instituciones que garantizan el orden social: el capital y el Estado.

Si buscamos las causas patológicas del tabú impuesto a la opinión pública por la oligarquía establecida referente a la finalidad "apocalíptica" de la disuasión nuclear, se impone una observación: no es la "humanidad" la que inconscientemente prepara su "suicidio" creando los instrumentos para su destrucción, son las minorías formadas por grupos de dirigentes políticos y por élites intelectuales, científicas y literarias las que preparan, sin ser del todo conscientes, el genocidio universal, la Apocalipsis sin remisión. En el interior de estas minorías hay individuos que conciben esta destrucción como una apuesta: de dos cosas una, o la estrategia de la disuasión asegura una paz estable gracias al no uso de dichas armas nucleares, o este equilibrio del terror se rompe por una de las partes y de esta manera la elección se impone sin ninguna duda: "Mejor muerto que rojo" respecto a una, o "Mejor muerto que negro" por la otra, los colores representando por un lado el "comunismo" y por otro el "imperialismo".

Para atenernos al único episodio conocido hasta ahora de empleo del arma atómica pero de una manera unilateral, por lo que excluía el riesgo de una destrucción mutua garantizada (MAD, Mutual Assured Destruction), los casos de Hiroshima y de Nagasaki ilustran por sí mismos toda la patología genocida de la estrategia nuclear. La prehistoria de la decisión relativa al empleo de las dos bombas marca un momento decisivo en el destino de la humanidad en tanto que especie animal sometida a las leyes de la evolución en el sentido más amplio del término. ¡Para llegar a este nivel de barbarie militar, hizo falta que los cerebros que lo decidieron tuvieran la mentalidad de un Hitler deseoso de destruir Londres con los misiles V1 y V2!

Podemos admitir sin grandes vacilaciones que Hitler fue un alienado mental de un tipo muy determinado –pero, ¿Quién se atrevería a mantener que hay una afinidad profunda entre por un lado Hitler y sus científicos cómplices soñando en la construcción de las primeras armas omnidestructivas y por otro, el presidente Truman y su estado mayor de científicos y técnicos inventores e ingenieros de armas nucleares?

Si Londres se salvó de la destrucción porque las armas de Hitler no fueron lo suficientemente mortíferas para lograr el objetivo deseado, las ciudades de Hiroshima y de Nagasaki fueron borradas del mapa gracias a la perfección de las armas inventadas y construidas por hombres que tenían la misma estructura mental que sus enemigos: en ambos casos se trata de hombres mental y moralmente alineados.

¡Al principio fue el miedo! El libro de Claude Delmas, 1945. *La Bombe atomique* (Editions Complexe, Bruselas 1985) nos proporciona datos y hechos esenciales para comprender qué tipo de alienación mental se halla en el origen del círculo infernal llamado estrategia de la disuasión...nuclear. de esta manera resume el autor este nuevo espíritu:

"(...) Si la guerra fría no degeneró en un conflicto mundial, se debió a que impuso una nueva forma de paz, la paz del miedo. Después de la fuerza, después de la fe, después de la ley, el miedo ha sostenido la paz: no fueron ni la sabiduría ni el respeto al "otro" lo que llevo a los hombres de Estado a la prudencia y a no recurrir a la violencia sino más bien el miedo o las consecuencias, en sí mismas, a las inevitables represalias que el agredido podría ejercer".

Se acababa de entrar en la "edad nuclear", edad inaugurada por la bomba de Hiroshima. Claude Delmas describe al minuto la salida del bombardeo B.29 llamado de manera familiar *Enola Gay*, nombre de la madre del piloto comandante, coronel de aviación Paul W. Tibbets, de 29 años, de la base de Tinian, una isla del archipiélago de las Marianas. Saliendo para una misión especial el 6 de agosto de 1945 a las 2 h. 30 de la madrugada, el *Enola Gay*, ejecutando un programa cuidadosamente cronometrado suelta la bomba -*Little Boy*- a las 8h. 15m. Y 17s sobre el blanco, objetivo principal, escogido en razón de la excelente visibilidad observada por el comandante del avión meteorológico, Claude Eatherly. Al citar este nombre el autor debía de haberse parado, aunque hubiera sido a través de una nota, para hablar de la personalidad de este personaje, el único miembro del equipo de esta macabra misión que tuvo, poco después, un shock cercano al hundimiento físico. De todas maneras nos informa que el *Enola Gay* 43 segundos después de soltar la bomba sintió una violenta sacudida a once millas del punta de disparo, cosa que hizo exclamar al capitán Lewis, el segundo piloto, este único comentario: "Dios mío, qué hemos hecho..."

Desconfiemos de las abstracciones, nombres colectivos cuando se trata de juzgar las causas de las guerras. Si la Carta de la Unesco afirma que "las guerras nacen en el espíritu de los hombres" y que, por

consiguiente, "será en el espíritu de los hombres donde hay que levantar las defensas de la paz", debe precisarse lo que esconde esta promoción del "espíritu", origen inesperado de las guerras. En caso de que exista este "espíritu" no se halla en el hombre común, el espíritu de la masa de los ciudadanos, exceptuando, evidentemente, cuando la llamada a la guerra surge del poder del Estado y encuentra un eco favorable entre la población previamente preparada mediante la propaganda, en este caso se sanciona la insumisión.

Es en el espíritu de una minoría que dispone de medios de coerción poderosos donde se origina el proyecto guerrero y el plan detallado de las operaciones militares, el discurso de justificación enunciado y aceptado se reduce a la llamada "defensa de la patria".

Escuchemos a Claude Delmas recordar de manera breve la situación de la Europa "burguesa" en julio de 1914 y en septiembre de 1939, respectivamente:

"El viejo continente acababa de entrar en el siglo de las guerras, sucediendo como si, habiendo perdido las riendas de la historia, los hombres se hubieran visto arrastrados por las lógicas contradictorias de las técnicas y de las pasiones. En 1939 como no habían logrado organizar la paz de manera segura, los hombres se vieron inmersos en una nueva guerra que se extendió por todo el mundo. El 6 de agosto de 1945 una sola bomba puso fin a este conflicto. E inauguró al mismo tiempo el siglo del miedo."

"Los hombres" dueños de su historia? Se nota que el autor se complace en su posición de pensador, y que, aunque víctima de la fraseología pseudo-filosofica, no se deja llevar por la realidad de los hechos. Los hombres hacen la historia que les dictan sus dueños, y sólo en este sentido, la historia de los siervos acaba confundiendo con la de los dueños. De aquí surge "la Unión sagrada" de dueños y siervos. Ni el invento de la bomba atómica ni su utilización han sido un hecho "de los hombres". Solo una elite de científicos dispuestos a servir a una elite de hombres de Estado aceptó el riesgo de crear el instrumento de muerte capaz de causar la extinción de la especie humana.

"1933: empezaba el tiempo del miedo en Europa." Claude Delmas designa con esta fecha la hoguera encendida, la noche del 10 de mayo, delante de la Universidad de Berlín por millares de jóvenes que lanzaron al fuego una montaña de libros. Según Goebbels las llamas estaban destinadas a purificar la ciencia germánica, a iluminar el final de una vieja época y el nacimiento de una nueva. Pero, 1933 marca "el tiempo del miedo" también por otra razón. Fue en estas fechas que H. G. Wells en su novela futurista "*El mundo es libre*" preveía ya la aplicación de la desintegración del átomo y de la radioactividad artificialmente. La guerra mundial tendría lugar en 1956: "Esta guerra - escribe él - será atómica; se utilizarían bombas atómicas que destruirían ciudades como Londres, París, Berlín, Chicago."

Así, incluso antes de que los científicos hubieran estado tentados de llevar su imaginación hasta el punto de hacerles concebir los medios de utilizar el átomo para la creación de armas de destrucción, un autor de ficción llevo a un joven físico húngaro, Léo Szilard, a entrever la utilización de la energía nuclear con fines militares. Se lo comentó a Max Born, una de las cimas científicas judías destituidas en mayo de 1933 de la Facultad de Ciencias de Göttingen, junto a James Franck, galardonado con el premio Nobel en 1925 por su teoría de la luminiscencia.

Es cierto que los inventores de la radioactividad artificial eran conscientes de las capacidades destructivas de su descubrimiento, como lo testifica esta cita del discurso de Frédéricis Joliot-Curie extraída por Claude Delmas:

"(...) Si, vueltos hacia el pasado, dirigimos una mirada hacia los progresos conseguidos por la ciencia a un ritmo cada vez mayor, podremos pensar que los investigadores construyendo o destruyendo los elementos según quieran sabrán realizar los cambios de manera explosiva, verdaderas reacciones químicas en cadena. Si estos cambios llegan a propagarse en la materia podemos imaginar la enorme liberación de energía utilizable que se generará. Pero si por desgracia, el contagio se realizara a todos los elementos de nuestro planeta, debemos prever, con temor, las consecuencias que desencadenara un cataclismo de estas características."

¡En el horizonte de estos descubrimientos se hallaba, evidentemente, la bomba atómica.!

Al principio había el Miedo a Hitler.

1933: Hitler se deshace de sus mejores físicos que, si se hubiesen quedado en Alemania, hubieran podido ser obligados a trabajos que no se ajustaban a su "deontología". Cítemos: Hautermans, Egon Wigner, Leo Szilard, Edward Teller, Albert Einstein, Max Born. Se quedaron en Alemania Otto Hahn y Fritz Stassmann, quienes en 1938 descubrieron la fisión nuclear - pero ni Hitler ni Göring concedieron a estos científicos el nivel de confianza que deberían haber depositado si se hubieran propuesto lanzarse a la aventura de la construcción de una bomba atómica. Se hubieran podido aprovechar de los trabajos de Enrico Fermi quien, al contar con la experiencia de Juliot - Curie, constató que el núcleo del átomo de uranio bombardeado por un neutrón se rompe en dos partes y emite dos neutrones, produciendo de esta manera una energía "igual a cien millones de veces a lo que se libera en la combustión de una molécula

de carburante." Premio Nobel el 6 de diciembre de 1938, Fermi salió para la Universidad de Columbia de New York y empezó sus primeros trabajos sobre la reacción en cadena; más tarde el 2 de diciembre de 1942 en Chicago puso en marcha la primera pila atómica.

Dos días antes del comienzo de la guerra, Niels Bohr publicó en E.E.U.U. un artículo decisivo sobre el proceso de fisión. George Thomson, premio Nobel de física de 1937, afirmó que había una posibilidad sobre dos de que una masa suficientemente importante de uranio pudiera originar una emisión de calor y de energía de un poder impensable, más allá de lo conocido. No fueron los únicos en dar su opinión sobre el tema y en pensar que era posible, en ciertas condiciones, provocar una reacción explosiva en cadena mediante la fisión del uranio. Pero fue en abril de 1940, que Peierls y Otto Frisch establecieron el primer texto científico, de 3 páginas, en el que se examinaron las posibilidades prácticas de fabricar la bomba, sin dejar de lado los efectos colaterales de la explosión, debidos a las radiaciones. Finalmente, Halban y Kowarski, utilizando la apreciada agua pesada noruega, iniciaron los experimentos que condujeron a la bomba de plutonio utilizada en Hiroshima.

Al principio existía el miedo, hemos escrito. Este miedo se constata de manera explícita en la carta que Winston Churchill escribió al Secretario de Estado del aire: la "quinta columna" podría aprovechar el miedo suscitado por el anuncio de la creación de un formidable explosivo a base de uranio "para obligar a capitular a Gran Bretaña". Este miedo se halla omnipresente entre los físicos europeos de los E.E.U.U., incapaces de imaginar que el III Reich dejaría los descubrimientos de Hahn y Strassmann sólo en una fase teórica, el miedo aumentó cuando supieron que el gobierno alemán había repentinamente prohibido la exportación del uranio proveniente de las minas Checoslovacas.

Fueron los científicos los primeros en sentir este miedo, hasta tal punto que fueron víctimas de una neurosis paranoide que les condujo a un único objetivo: llegar antes que los científicos alemanes. Alejado de las investigaciones sobre la naturaleza del átomo y muy escéptico respecto a la utilización de la conversión de la materia en energía por lo menos por lo que respecta a finalidades prácticas a corto tiempo, Albert Einstein tuvo noticias de estas investigaciones a través de sus colegas entre los que figuraba Leo Szilard quien le hizo firmar la carta del 2 de agosto de 1939 a Roosevelt, en la que llamaban la atención del Presidente respecto a la posibilidad de "fabricar bombas dotadas de una enorme potencia". El "Comité consultivo sobre el uranio" creado con la finalidad de arrancar el proyecto de la bomba atómica estaba formado por: Einstein, Alexander Sachs y tres físicos de origen húngaro: Leo Szilard, Eugen Wigner y Edward Teller, un auténtico obseso de esta arma apocalíptica. Habiendo, Szilard y Sachs, solicitado su colaboración, una segunda vez, en marzo de 1940, Einstein hizo llegar a Roosevelt la información de que las investigaciones sobre el uranio continuaban de manera secreta en Alemania. En adelante no intervino más. Se enteró del bombardeo de Hiroshima por la prensa y que le hizo arrepentirse de su última carta a favor de las investigaciones sobre la bomba.

Todos teníamos, escribe Szilard para explicar sus gestiones con Einstein, la "intima convicción que los alemanes estaban a punto de acabar su propia bomba. Vivíamos con el pánico de vernos obligados a rendirnos por la simple amenaza de la bomba. Sólo nos quedaba una solución: hacer nosotros otra" (citado por L. Castellani y L. Gigante, *Historie de la bombe atomique*. Cf. C. Delmas). De igual modo al preguntarle a Fermi: "¿Hitler nos adelantara?", él respondió: "Todo es posible, pero lo dudo". A partir de marzo de 1941, la fabricación de una bomba atómica con una potencia equivalente a varios millones de toneladas de explosivos ya no era una simple especulación científica. A partir de aquí una pregunta empezó a obsesionar a los científicos: ya que se podía realizar, ¿hacía falta utilizarla?. ¿Estarían dispuestas las autoridades políticas y militares a aprobar la destrucción total de Berlín y sus alrededores si se les comunicaba que se podía hacer de una sola vez?.

De hecho era la misma ideología la que infectaba a los dos adversarios, dando a cada uno una justificación racional a su posición y estrategia, el interés de la causa por lo que era moral arriesgar un genocidio universal, el *Völkermord*. Tanto en una parte como en la otra se trataba de una actitud de sumisión a un solo imperativo: atemorizar al adversario. Este mismo espíritu es el que encontraremos en el conflicto que opondrá a los Estados Unidos con la Unión Soviética, cada uno de los dos campos no tendrá otro objetivo que el de mantener su armamento a un nivel tal que una acción, en vez de asegurar la seguridad nacional, llevase a la ruina al mundo entero.

"La obsesión de 'la bomba alemana'." Este capítulo de Claude Delmas nos informa muy bien respecto los cálculos y los miedos de los científicos antinazis obsesionados por la idea de ser adelantados por sus colegas alemanes. Se sabía que sus investigaciones en el terreno nuclear podían llevar a la bomba atómica: hacía falta adelantarse costara lo que costara. "Preveíamos con terror el peligro mortal que corría el desembarco aliado, si lanzaba la bomba atómica en el momento en que se realizaría" (Eugen Wigner, citado por Claude Delmas, *op. cit.*). Al hacer un inventario del esfuerzo alemán en el terreno nuclear, Claude Delmas declara: "En 1939, los científicos alemanes llevaban la delantera teórica respecto a las investigaciones llevadas a cabo por otros países. Pero la mayoría de entre ellos no creía en la posibilidad

de realizar una bomba atómica", y los Aliados no tardaron en constatar que los Alemanes "no habían iniciado ningún esfuerzo comparable al proyecto Manhattan".

Mientras que durante la Gran Guerra Alemania había innovado en materia de armamentos, la eficacia de su máquina de guerra durante la Segunda Guerra mundial consistió hasta 1943 en situar las armas clásicas perfeccionadas al servicio de tácticas originales (*Blitzkrieg*). En 1943 y 1944, los centros de investigación dependientes de la Wehrmacht intentaron recuperar el retraso, pero las nuevas armas llegaron demasiado tarde, el avance de los ejércitos aliados reducía el espacio estratégico de Alemania. Este esfuerzo dio resultados revolucionarios en el terreno de la aeronáutica (aviones a reacción, ME. 262, AR. 234, el Junker JU 287), aunque las grandes potencias se aprovecharán enormemente de estos descubrimientos que constituirán la base del arsenal convencional.

Ignoraban que los Alemanes llevaban tal retraso en materia de investigación nuclear que les era imposible atrapar a los Americanos; tanto más cuanto Hitler daba muy poca importancia a la arma atómica y ponía todas sus esperanzas en los trabajos que llevaron a la construcción de los V1 y los V2, que consideraba el arma suprema. De esta manera no fueron ni Hitler ni Göring los contaminados por el virus nuclear, sino los científicos alemanes envidiosos del éxito de sus colegas extranjeros y devorados por la ambición de ser los mejores en este campo. Pero se sabe poca cosa sobre la disponibilidad a servir la máquina de guerra hitleriana, se tiene más información sobre los físicos del "mundo libre" que acabaron descubriendo el secreto de la fisión nuclear y su uso para fines militares y consagraron todas sus energías a fabricar el arma del terror absoluto.

Aunque se pueda pensar lo que se quiera sobre el rol de la ciencia en las desgracias del mundo moderno, en su origen no se halla la teoría sino más bien...los teóricos de los dos campos, por un lado, el que se vanagloriaba de defender la civilización y sus valores, y, por otro, el que se glorificaba de crear, sobre las ruinas del mundo antiguo, un nuevo mundo. En los dos campos los científicos estaban dispuestos a servir la causa de su patria en guerra, a cualquier precio, siendo conscientes que este precio, a diferencia de los riesgos calculados de la Primera Guerra mundial, podían representar la destrucción de la humanidad, la ruina del planeta, el Apocalipsis, por emplear un término que se ha hecho popular, quizás equivocadamente, porque la visión de S. Juan anuncia el triunfo de Cristo y de ninguna manera la destrucción programada de los inocentes y de los justos.

Si la humanidad se halla amenazada hoy en día de destrucción, no es porque, en tanto como especie animal dotada colectivamente de razón y desrazón, sea capaz de un suicidio colectivo. Ya que toda especie animal quiere vivir y perdurar en su ser. En realidad, si el mundo corre el riesgo de desaparecer, es debido a que su destino depende de una clase o una categoría social que, enormemente minoritaria con respecto a la inmensa mayoría de los hombres, dispone de medios materiales e intelectuales capaces de causar el fin del mundo, el *Weltuntergang*, el Apocalipsis.

La entidad verbal "el hombre" carece de sentido como concepto biológico o genérico sino es para definir una especie animal que posee un patrimonio genético hereditario o genotipo que todo individuo lleva. Pretender que la totalidad de los individuos que constituyen esta especie son capaces en un momento dado de su evolución de decidir su futuro físico o de conducirse, como un individuo singular, como entidad suicida, significa convertir el razonamiento lógico en un juego verbal, permitido como mucho dentro de una narración lírica nutrida de abstracciones imaginarias.

No existen ni pulsión de muerte ni Eros eterno como propiedades psíquicas que distinguirían a la especie humana como tal. Existen por un lado ciertas categorías de hombres, las masas de individuos pensando y actuando en función de sus intereses inmediatos de conservación y de mejora de su vida cotidiana: es la inmensa mayoría, normalmente incluida en la amplia noción de "pueblo", es la mayoría de la humanidad, el vulgo donde se reclutan las poblaciones que constituyen los ciudadanos de los Estados dirigidos por gobiernos elegidos democráticamente o instalados por la fuerza. Elites políticas, estos poderes se aprovechan de la ayuda de elites intelectuales, cómplices o críticas...